

Los signos de expresión emocional ¿cambian o permanecen?

VICTORIA DEL BARRIO*

La vida propia es un período excesivamente corto para que su análisis nos permita contestar adecuadamente a esta pregunta, hay que recurrir para hacerlo a la experiencia acumulada que representa la ciencia o la literatura.

Afortunadamente las emociones se han puesto de moda y la psicología ha vuelto a su estudio con nuevas armas. Desde la perspectiva psicológica, se considera que la emoción tiene, al menos, tres componentes: cognitivo, fisiológico y expresivo. Los tres actúan conjuntamente configurando el complejo

proceso emocional. De todos ellos el componente expresivo es el que más estrecha relación guarda con la comunicación emocional puesto que permite la percepción de las emociones de los otros a través de unos signos.

De todas las formas de comunicación posibles, la emocional es la más inmediata, directa, intuitiva y precoz. Percibimos las emociones de los otros mediante gestos expresivos o signos emocionales. Esos signos expresivos consisten en movimientos: posición de la cabeza y el cuerpo, gestos de manos y brazos, pero sobre todo, de los músculos faciales.

La línea de investigación la inició Darwin (1872), quien hizo notar que los signos de emocionalidad ligados a la expresión facial tienen una semejanza asombrosa entre hombres y animales. Se puede seguir una línea filogenética y encontrar los mismos patrones expresivos para las emociones básicas tales como la ira, el miedo, la tristeza, el contento. Probablemente la razón de esa semejanza se deba a unos procesos fisiológicos comunes, a unas metas adaptativas con funciones paralelas y naturalmente a procesos imitativos.

Autores como Izard (1971) o Eckman (1972) siguen esta línea de investigación. Su propósito ha sido precisar, con una evaluación objetiva y enormemente precisa, esos signos emocionales en relación con los músculos de los ojos, cejas, nariz, boca, cabeza, frente y mejillas. Se han llegado a contabilizar 66 posibles movimientos relacionados con la expresión de la emoción y que constituyen la base de los signos diferenciales de distintas emociones.

Los signos faciales de la ira son: ojos abiertos, boca abierta mostrando los dientes, ceño fruncido, mejillas levantadas, frente deprimida. Los de la alegría: ojos semicerrados, comisura de los labios levantadas, mejillas levantadas. Los del miedo: ojos abiertos, frente hacia arriba, boca abierta con retracción labial, mejillas levantadas. Los de la tristeza: ojos cerrados o semicerrados, ceño fruncido, cejas oblicuas, levantamiento del labio inferior, comisura de la boca hacia abajo, mejillas deprimidas. Y así se podría seguir hasta la diferenciación de las 15 emociones más habitualmente listadas.

Naturalmente pueden darse algunos problemas de discriminación entre las emociones no básicas y también se pueden hallar algunas diferencias culturales, sociales y evolutivas. Sin embargo la homogeneidad de la expresión emocional es sorprendente. Estos signos son

invariantes en las culturas más diversas, y en todas las edades y sexos.

Uno de los temas en los que la sociedad interviene en relación con las emociones es en la permisividad de su expresión. Por ejemplo tendemos a pensar que los orientales son menos expresivos que los occidentales y de éstos los más expresivos los latinos. Estudios experimentales han mostrado que en Europa los padres más permisivos con la expresión de las emociones negativas son los italianos (Sommer, 1984), pero también es verdad que ello funciona en relación a la cantidad de expresión pero no a su cualidad. Cuando una emoción al fin se expresa lo hace con los mismos patrones faciales en todas las culturas. Estudios muy controlados han encontrado una correlación muy alta entre los signos expresivos faciales de estudiantes orientales y occidentales contemplando la misma película (Eckman, 1973). La ira, por ejemplo, guarda un paralelismo transcultural incluso en su intensidad (Spielberger et al., 1988).

Estas diferencias sociales afectan siempre a la cantidad de expresión que por otra parte es diferencial para distintos grupos humanos, por ejemplo está documentada la mayor expresividad emocional de las mujeres frente a los hombres (Hall, 1984) o la mayor expresividad emocional de los niños frente a los adultos, pero también en ambos casos, cuando la emoción se expresa, se mantienen los mismos patrones gestuales.

En relación con la mayor expresividad emocional del niño está su mayor sinceridad emocional. La percepción de las emociones del otro no es posible si éste las esconde y controla, cosa que sucede frecuentemente en el mundo adulto. Los niños no suelen esconder sus emociones, sino que éstas aparecen en ellos en toda su inmediatez y originalidad. La posibilidad de ocultamiento en los niños aparece muy precariamente hacia los 2 años,

pero en lo que se refiere a las emociones no es posible hasta los 10. Probablemente esta es una de las razones por las que se estudian las emociones en los niños muy pequeños y no sólo sobre su capacidad de expresarlas, sino la de percibir las en los adultos. Por increíble que pueda parecer, está perfectamente documentado que un niño entre 3 y 4 meses puede percibir los signos de emoción en las caras de los adultos (Barrera y Mawrer, 1981) y es evidente para todos que desde los 6 meses la comunicación emocional adulto/niño está totalmente establecida.

Esa intensa y precoz comunicación sentimental en los primeros años de vida es esencial para la socialización infantil. La percepción emocional tan precoz, intuitiva y potente, permite a los niños una primera intelección emocional de su entorno y su sentimiento de pertenencia a un grupo junto a la motivación para asumir sus reglas.

Las emociones son adaptativas y permiten evitar o atacar lo peligroso y acercarse y buscar lo conveniente, amable y placentero, ayudan no sólo a sobrevivir, sino, lo que es todavía más importante: a disfrutar de la vida.

La investigación psicológica sobre las emociones muestra que éstas tienen una gran semejanza a lo largo del tiempo, en diferentes contextos sociales, e incluso guardan un estrecho paralelismo con las emociones en los animales.

Si volvemos los ojos a otros campos, encontramos un panorama semejante.

El análisis histórico muestra una y otra vez el mismo fenómeno: las ideas, el lenguaje, las costumbres, las vigencias cambian, pero el odio entre distintos grupos, el amor al poder, la alegría del éxito o la tristeza de la derrota, permanecen idénticas a lo largo del tiempo.

Si acudimos a la literatura, esto también parece repetirse. Por ejemplo, cuando se contemplan obras del teatro clásico, se percibe una muy diferente vigencia entre las que tocan el tema de las emociones o de las costumbres.

Las comedias o las obras costumbristas interesan en lo que tienen de testimonio de una época y nos acercamos a ellas con curiosidad arqueológica. Sin embargo, las obras que tocan el tema de las emociones interesan inmediata y directamente, penetrando en la vida del espectador a pesar del envoltorio del lenguaje distante, de las ropas antiguas y de las costumbres arcaicas. Un ejemplo de lo que quiero decir (y sin cambiar de autor, para que no se pueda pensar que consiste en una diferencia de calidad del escritor) se puede encontrar comparando dos obras de Shakespeare: "Romeo y Julieta" y "Las alegres comadres de Windsor". En la primera se expone la pasión amorosa y en la segunda usos y maneras de solución de un problema: el de la zafiedad. En ellas parece claro que las emociones del siglo XVII nos son mucho más próximas que sus enredos. La pasión amorosa de Romeo y Julieta permanece y nos conmueve profundamente. Lo mismo ocurre con la rivalidad familiar que constituye el telón de fondo de la obra. La hostilidad que en la obra se respira es perfectamente clara y se entiende a la perfección el odio entre Capuletos y Montescos. Sin embargo, en la visión de "Las alegres comadres de Windsor" ocurre lo contrario. Las actividades de Mrs. Ford y Mrs. Page para escarmentar y embromar a Falstaff y Mr. Ford nos dejan completamente fuera de juego. Otro tanto ocurre con la estrategia del color de las capas para solucionar una boda, que resulta perfectamente inverosímil. La mayor parte de los nudos de las comedias de enredo del Siglo de Oro se acabarían, como dice Julián Marías, si hubiera habido luz eléctrica y aparecen hoy como totalmente absurdos, no

funcionan en nuestras vidas y por ello resultan incomprensibles, o por lo menos, muy lejanos a pesar de la sabiduría profesional con la que están contruidos. Las emociones, por el contrario, se mantienen inalteradas y resultan ser no sólo perfectamente asumibles, sino empáticas.

Como vemos, aunque las emociones tienen una indudable modulación social, ésta no parece ser excesivamente relevante, puesto que esas diferencias culturales afectan a la cantidad, pero no a la calidad de los patrones expresivos que permanece constante. Esta homogeneidad emocional a lo largo del tiempo y a través de diferentes culturas y sociedades, permite comprender con facilidad sin “traducción” las emociones de los otros tanto si pertenecen a nuestro mundo como si no. Estos datos son esperanzadores, puesto que las emociones constituyen un lenguaje común entre todos los seres humanos.

Los signos emocionales homogéneos, duraderos y permanentes nos brindan la posibilidad de una comunicación sentimental sin fronteras con el pasado, el presente y probablemente con el futuro.